

# ***Política, dominación y desigualdad en la Argentina contemporánea***

*Un ensayo etnográfico*

**Javier Auyero**

*Basado en un trabajo etnográfico y fuentes secundarias, este ensayo examina las dimensiones materiales y simbólicas de un mecanismo crucial en la reproducción de la desigualdad en la Argentina contemporánea: el acaparamiento de recursos estatales por parte de dirigentes políticos del Partido Justicialista (PJ). El ensayo explora las maneras cotidianas en que la dominación y la desigualdad política se nutren de la desigualdad social.*

## ***Los 75 colectivos de Manolo***

**M**anuel Quindimil ha sido intendente de Lanús, populoso municipio del Conurbano Bonaerense, desde 1983. Es, como rezaba el eslogan durante la última campaña electoral en Argentina, «el último caudillo». Durante la campaña, Manolo envió 75 buses cargados con sus seguidores al acto principal que el ahora presidente argentino, Néstor Kirchner, organizó en el estadio de River Plate. Lo que sigue es una versión traducida y editada del reporte que un atento observador extranjero escribió sobre el día del acto y sobre las prácticas políticas dominantes en este y otros distritos de la provincia de Buenos Aires:

Estela Cabrera, habitante de una villa de Lanús, concurre a un acto en apoyo de un candidato presidencial ... [con las elecciones] estos actos son parte de la vida diaria de los habitantes de la villa. Cabrera, madre de 11 niñas y niños, está divorciada de su marido. Está desempleada desde hace cinco

---

**Javier Auyero:** profesor del Departamento de Sociología, State University of New York at Stony Brook; @: <javier.auyero@stonybrook.edu>.

**Palabras clave:** desigualdad social, cultura política, clientelismo, peronismo, Argentina.

**Nota:** Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en la conferencia «Reframing Inequalities in Latin America», organizada por el Latin American and Caribbean Studies Center de la State University of New York-Stony Brook. Agradezco a los participantes y especialmente a los organizadores, Jeanine Anderson, Luis Reygadas y Paul Gootenberg por el estimulante intercambio de ideas.

---

***Estas redes vinculan a patrones, punteros y pobres urbanos de manera diaria y, en buena medida, oculta***

años. Pero es una mujer ocupada. Cuida a sus hijos, trabaja 20 horas en un comedor comunitario cercano para ganarse el dinero del plan de empleo y, hasta temprano en las mañanas, teje abrigos que vende a menos de un dólar cada uno, permitiéndose solo 5 horas de descanso antes de que su atareado día comience nuevamente. ... Cabrera no sabe por cuál de los candidatos se realiza el acto, solo sabe que concurrirá. Un par de días antes del acto, Cabrera dice que irá solo porque el director del comedor le cortará el plan si no lo hace. «Tenés que ir, no importa otra cosa», dice. Para ella, el acto es como un día de trabajo. «Si me pierdo el acto, necesito traer un certificado médico diciendo que estuve enferma o que uno de mis chicos estuvo enfermo», dice resignada y exasperada al mismo tiempo. «Si estuviera enferma, ¿dónde voy a conseguir un certificado?».

María Coronel, la administradora de los comedores infantiles de la municipalidad de Lanús ... me dijo que ninguno de los directores de los comedores está involucrado en política o recluta gente para los actos. «Si alguno lo hace, lo desconozco», me dijo.

Fuimos al estadio donde se organizaba el acto en colectivos que llevaban el nombre de Coronel en el parabrisa. [De las 63 que entrevisté] 45 trabajan en el comedor de Coronel como beneficiarias de un subsidio, tienen hijos que comen en el comedor de Coronel o ellas mismas lo hacen. Sólo 6 dijeron no estar conectadas con el comedor y simplemente estaban interesadas en ir al acto. Increíblemente, 46 de ellas, Cabrera incluida, no sabían el motivo del acto –y ciertamente no estaban allí por su deseo de apoyar a Kirchner...

No llegamos al estadio ... sino hasta las 8 de la noche, el acto empezó tarde. Sentados en las tribunas altas, tomando mate para combatir el frío, no pudimos escuchar los discursos por el ruido de los bombos ... Pero no importó que no escuchásemos. Habiendo ya hecho acto de presencia, nos fuimos antes de que Kirchner y su compañero de fórmula hablaran. Todo el mundo estaba contento de irse: llegarían a sus casas alrededor de la 1 de la mañana, a 11 horas de haberse juntado para asistir al acto. (Extraído de Goldberg 2003a.)

¿Qué está pasando? Manolo, Estela y María ilustran un mecanismo clave en la reproducción de la desigualdad en la Argentina contemporánea: el acaparamiento de recursos estatales por parte de dirigentes políticos del Partido Justicialista (PJ). Basado en un trabajo etnográfico y fuentes secundarias, este ensayo procura examinar este mecanismo en sus dimensiones materiales y simbólicas.

El argumento que construiré es el siguiente: aprovechándose de su posición privilegiada, los dirigentes del PJ secuestran recursos estatales con los que: a) resuelven un sinnúmero de necesidades básicas a los habitantes de los enclaves de pobreza urbana, b) acumulan capital político que les ayuda a conquistar mejores posiciones en el campo político local, y c) mantienen en funcionamiento la maquinaria electoral del PJ. La resolución cotidiana de los problemas de subsistencia que afrontan los destituidos se da mediante transacciones individuales y personalizadas. Mediante estas transacciones, los dirigentes del PJ (mediadores entre beneficiarios como Estela y patrones como Manolo, conocidos en Argentina como *punteros*) establecen lazos sociales con los asistidos, lazos que, luego de repetidas ocasiones, se transforman en redes. Estas redes vinculan a patrones, punteros y pobres urbanos de manera diaria y, en buena medida, oculta. El contexto de sostenida y generalizada privación material en el que

funcionan las redes genera una serie de problemas organizativos (no hay, para decirlo de manera rápida, suficientes recursos para satisfacer las múltiples y crecientes necesidades de los desposeídos). De manera creciente, los punteros del PJ procuran resolver sus propios problemas organizativos (y los del mismo PJ) mediante la creación de una distinción entre miembros y no miembros del partido (esto es, incluidos y excluidos) creando, de manera no necesariamente intencional, desigualdad.

En el ámbito empírico, este ensayo trabaja sobre la siguiente hipótesis: con la consolidación del hiperdesempleo y la resultante explosión de los niveles de pobreza, Manolo –lejos de ser el «último caudillo», un «dinosaurio político», o una especie en extinción dentro de la «compleja, brutal, decisiva y peligrosa» máquina peronista (Moreno)– podría estar encapsulando, a la manera de un tipo ideal realmente existente, un emergente sistema de desigualdad categórica: un sistema que distingue entre beneficiarios dignos de ayuda (estatal), y aquellos no merecedores de tal asistencia. Con el avance de la marginalidad, el futuro argentino verá más antes que menos Manolos.

En el ámbito analítico, este ensayo identifica un sistema de prácticas cuya propia existencia hace evanecer las fáciles y simplificadoras (pero aún duraderas) distinciones entre instituciones formales e informales. El foco analítico del ensayo yace en un universo social específico en el cual la desigualdad se reproduce mediante la mutua interpenetración entre el Estado, la política partidaria rutinaria, y la vida cotidiana.

En el ámbito teórico, este trabajo combina la atención que Charles Tilly ha prestado a los mecanismos generadores de desigualdad, con la atención puesta por Pierre Bourdieu en sus dimensiones simbólicas (más específicamente su idea de «negación colectiva» como velo que cubre la verdad de los intercambios), a los efectos de explorar esta proposición, por cierto general (y gramaticalmente incorrecta): la desigualdad social alimenta la dominación alimenta la desigualdad política.

El ensayo está basado en un trabajo etnográfico realizado (y actualmente en curso) en el Gran Buenos Aires y en las provincias de Neuquén y Santiago del Estero, y en la escasa literatura existente sobre máquinas políticas en Argentina (Goldberg 2003a; Levitsky; Torres). Por razones de espacio evitaré detalladas descripciones etnográficas y me centraré en unas pocas ilustraciones (basadas

***Los punteros del PJ son actores centrales en una red de resolución de problemas cotidianos que controlan el acceso a un conjunto amplio de recursos materiales***

en mis propias reconstrucciones y las de otros observadores) que capturan el funcionamiento material y simbólico de la máquina peronista.

### ***Acaparando***

*Cualquiera sean sus orígenes históricos, la máquina política persiste como un aparato que satisface necesidades de diversos grupos de la población que no son saciadas de otra manera.*

**Robert Merton**, Teoría y estructura social

En una esquina de Villa Esperanza, en una municipalidad lindante con la capital federal, adolescentes armados cobran peaje y trafican drogas. Parece una escena de la película *Ciudad de Dios*. Más allá del nombre de la villa, aquí la esperanza elude a sus habitantes. Pero Marta Belisán, puntera peronista en la villa, genera un oasis de optimismo desde su casilla, que hace las veces de casa particular y comedor comunal. El día en que visité a Belisán, tres camiones –que funcionan como el hospital móvil de Lanús– estaban estacionados frente a su casa. Una larga lista de madres con sus hijos esperaban para verla. Belisán es parte de la red que, comandada por el intendente, resuelve problemas en los barrios. Ella distribuye ayuda a los más desesperados habitantes de Villa Esperanza y si éstos, a cambio, tienen que ir a un par de actos en apoyo al candidato presidencial Kirchner, lo hacen con entusiasmo...

Muchos son los que, en comunidades pobres, no ven el clientelismo como algo perverso impuesto por gente de afuera o por las elites políticas, sino como una manera de sobrevivir una crisis económica que ha dejado a los habitantes de la villa sin empleo formal. Estos habitantes tienen una cantidad innumerable de problemas: necesitan encontrar comida para ellos y sus hijos, necesitan medicamentos y servicios fúnebres, necesitan chapas para reconstruir sus casillas cada vez que una estufa a kerosén explota, destruyendo la vivienda en la que han trabajado años. Son muchas las otras cosas que querrían tener, caños para instalar una red cloacal (para evitar que sus hijas contraigan infecciones parasitarias, que son endémicas en las villas construidas sobre lo que solían ser pantanos).

El puntero del barrio, escucha atentamente a las demandas e intenta satisfacerlas. Tienen una ventaja importante sobre el resto en lo que hace a la resolución de problemas: el monopolio de los recursos estatales ... Todos en Villa Esperanza conocen a Belisán y a su círculo íntimo de seguidores porque Belisán prepara comida en su comedor comunitario, arregla la visita del hospital móvil en el barrio, distribuye comida y cupones de alimentos para madres y ancianos, y distribuye ocasionalmente juguetes a padres que no pueden comprar ninguno. La gente en el comedor no distingue entre Marta la organizadora del comedor y Marta la militante peronista.

Como la mayoría de los punteros, Belisán está disponible para los habitantes de Esperanza a cualquier hora del día y de la noche. Sus actividades van desde la obtención de un documento en la municipalidad hasta la organización de un cumpleaños para un anciano de 71 años que no tiene familia ... (Extraído de Goldberg 2003b, traducción mía.)

Este observador extranjero apunta acertadamente a una práctica política bastante generalizada, pero poco estudiada, en la Argentina contemporánea. Con el desempleo rondando el 18% y más de la mitad de los argentinos viviendo bajo la línea oficial de pobreza, los pobres encuentran una de las pocas fuentes de satisfacción de necesidades materiales apremiantes en los punteros del PJ. Como ilumina el reporte citado, los mediadores peronistas están profundamente enraizados en la vida cotidiana de los destituidos.

Los punteros del PJ son actores centrales en una red de resolución de problemas cotidianos que controlan el acceso a un conjunto bastante amplio de recursos materiales (desde subsidios estatales para desempleados, hasta alimentos y medicinas) y de información sobre los mismos. Estas redes de resolución de

problemas dependen, en buena medida, del apoyo (no siempre legal, no siempre público) de las administraciones nacionales, provinciales y/o municipales. Funcionan como redes de distribución de recursos y de protección frente a los siempre presentes riesgos de la vida cotidiana en territorios de relegación. Los punteros distribuyen comida en comedores populares financiados por el Estado, permiten u obstruyen el acceso a planes estatales para desempleados, distribuyen bonos con los que se puede obtener alimentos en los municipios locales y/o medicinas que, por su precio, están fuera del alcance de los pobres urbanos. El recientemente publicado libro de Steve Levitsky nos da un exhaustivo análisis de la forma y función de la máquina peronista. Basado en una encuesta realizada en 112 Unidades Básicas del PJ en La Matanza, Quilmes y la ciudad de Buenos Aires, Levitsky demuestra que más de dos tercios de ellas distribuyen comida o medicinas en forma directa. De las ubicadas en el Gran Buenos Aires, 60% participa en la implementación de al menos un programa social gubernamental.



«¿Qué hacés acá? Ya no estás más en el plan...», le dice un puntero del PJ a Alejandra, una mujer de 34 años, desempleada, que estaba en la fila para cobrar su Plan «Jefas y Jefes de Hogar» en la sucursal de Lanús del Banco Provincial. En la municipalidad, los funcionarios le informaron que ella figuraba en la lista de beneficiarios. En el banco, sin embargo, un empleado le dijo que otra mujer, quien resultó ser la esposa del puntero, cobró el subsidio en su nombre con una nota que incluía información personal de Alejandra y que afirmaba que no podía concurrir a cobrar (Hauser).

Esta breve historia, sugestivamente titulada «Los peajes del Plan Jefas» describe una de las instancias en las que parte de los recursos del más importante plan social de la Argentina («Jefas y Jefes de Hogar») termina en manos de los dirigentes del PJ. Este programa en particular se ha convertido en la columna vertebral de la subsistencia para casi dos millones de desempleados quienes reciben un subsidio en efectivo de 150 pesos (50 dólares) por mes. En contraprestación, deben realizar entre cuatro y seis horas de trabajo diario –en tareas comunitarias, concurrendo a la escuela, etc. Financiado por el tesoro nacional, nuevos impuestos a las exportaciones, y un préstamo de 600 millones de dólares del Banco Mundial, este programa tiene similitudes y diferencias con respecto a anteriores programas sociales destinados a los pobres y/o desempleados. Es diferente en su magnitud (es el programa más amplio ejecutado hasta el momento, cubriendo a casi un 20% de los hogares argentinos), en la cantidad de regulaciones que lo gobiernan, y en el marco discursivo que lo presenta como relacionado a un vago «derecho a la inclusión social». Es similar en su énfasis en la asistencia a los necesitados (más que en la redistribución de los recursos) y, si hemos de creer en la evidencia acumulada por periodistas, militantes de derechos humanos, y algunas agencias estatales, en que termina financiando parte del funcionamiento de la maquinaria partidaria más grande y poderosa del país mediante los peajes que los punteros del PJ cobran para garantizar el acceso al mismo (CELS).

En este sentido es importante mencionar el hecho de que, luego de innumerables disputas entre el Gobierno Federal y los gobiernos locales, los intendentes pudieron mantener el control administrativo del Plan en sus respectivos municipios. Los intendentes del país tienen *de facto* un poder de veto sobre quién se convierte en beneficiario. De manera similar al Plan Vida, al Bono Solidario, a los Planes Trabajar, y al Programa de Emergencia Laboral, parte del «Jefas y Jefes» se torna en un recurso estatal que, circulando dentro de la red peronista de resolución de problemas, lubrica el funcionamiento de la máquina partidaria.

### ***Dominando***

Cuanto más uno observa con detenimiento las prácticas cotidianas de clientes, punteros y patrones en los enclaves de pobreza argentinos, más tiene la certeza de que la máquina peronista empieza a parecerse a una enorme institución bancaria ejerciendo lo que Weber dio en llamar dominación «en virtud de la posición monopólica». De acuerdo con Weber, este tipo de dominación está «basada en la influencia derivada exclusivamente de la posesión de bienes y habilidades vendibles garantizadas de alguna forma y actuadas sobre la conducta de aquellos dominados, quienes permanecen formalmente libres y están motivados simplemente por la prosecución de sus propios intereses» (p. 943). Dada su posición monopólica en el mercado de capitales, una institución bancaria o financiera de grandes dimensiones, puede imponer sus propios términos, en sus propios intereses, en la concesión de un crédito, ejerciendo, así,

una influencia dominante en el mercado de capitales. «Los deudores potenciales, si realmente necesitan el crédito, tiene que, en su propio interés, someterse a estas condiciones ... Los bancos de crédito ... simplemente buscan su propio interés y lo realizan mejor cuando las personas dominadas, actuando en libertad formal, persiguen racionalmente sus propios intereses al estar constreñidos por las circunstancias objetivas (ibíd.).

Bajo este tipo de dominación, el dominante no dirige directamente la acción del grupo dominado; al perseguir sus propios intereses, el dominante (en el caso de Weber, el banquero monopolista; en el nuestro los patrones y punteros del PJ) tiene capacidad de limitar las posibilidades que se le abren al dominado (en el caso de Weber, la gente que necesita créditos; en el nuestro, los futuros clientes del PJ).

Los punteros y patrones buscan hacer carrera dentro del partido, intentando acumular capital político para mejorar sus posiciones en el campo político local. Para conseguirlo, intentan maximizar el acceso a recursos estatales (bienes materiales distribuidos por el Estado, información, planes sociales, etc.) que son vitales para resolver los problemas cotidianos de los pobres y para crear un grupo de seguidores. En otras palabras, hacen política mediante la resolución de problemas. No buscan dirigir directamente las acciones de la gente pobre que necesita recursos (lo que Weber denominaría, «dominación en virtud de la autoridad, esto es, poder de dar órdenes y deber de obedecer»). Sin embargo, solo un abordaje que se centre en individuos en lugar de relaciones puede dejar de ver los efectos estructurales de dominación implícitos en la posición de los mediadores peronistas. Al buscar la realización de sus intereses, algunos se transforman en cuasi-monopolios en la resolución de problemas. Al hacerlo, aumentan su capacidad de limitar las posibilidades de los «detentadores de problemas», esto es, se convierten en dominantes.



La evidencia que existe respecto de la capacidad del patronazgo para obtener votos en las elecciones generales es más bien contradictoria (v. Auyero 2001; Murillo/Calvo). Lo que es indiscutible es que el propio funcionamiento de la red es funcional al PJ porque le resuelve una serie de problemas organizacionales: financia los costos operativos del partido, mantiene el partido activo entre elecciones, provee de personal durante las elecciones internas y generales (fiscales, jefes de mesa, choferes para transportar votantes, etc.), sin embargo, el propio funcionamiento de la red también genera sus problemas: ¿cómo garantizar la lealtad de (y el control sobre) los clientes?, ¿cómo distinguir entre aquellos dignos de recibir ayuda y aquellos que no lo son? Ambos problemas están relacionados. En las Unidades Básicas y/o en las oficinas municipales tienen lugar repetidas interacciones entre patronos, punteros y clientes. Se hacen y se retribuyen favores (con asistencia a actos partidarios, votos en elecciones internas, manifestaciones de apoyo, etc.). En la práctica, los mediadores examinan la lealtad de sus seguidores, mientras que los clientes experimentan, también en la práctica, la fiabilidad de patronos y punteros. Se genera así un proceso de identificación mutua. De manera creciente, se crea una distinción entre miembros leales o impredecibles, distinción que se transforma en una entre beneficiarios dignos de ayuda (estatal) y otros que no lo son. Al contrario de otras diferencias categóricas (hombre/mujer; ciudadano/extranjero, etc.) esta distinción no precede a la transacción sino que es creada en mutuas y constantes interacciones.

### ***Encubriendo***

Marta Belisán niega categóricamente cualquier conexión entre los servicios estatales que ella distribuye y las actividades políticas del intendente. «Nosotros no le preguntamos a la gente si puede venir a un acto. Les decimos, ¿quieren venir?», asegura Belisán. «Al intendente no le gusta mezclar la política con la acción social», sin embargo, como explica Elsa Ramírez (encargada de reclutar a las clientes de Belisán cuando hay un acto partidario), su trabajo es sencillo: «la gente ya nos conoce». Una señora mayor que por las tardes juega a las cartas en el comedor comunitario explica por qué se sube a los colectivos de Belisán: «Ella tiene planes de trabajo que se distribuyen desde aquí. Ella tiene medicamentos. Ella tiene cosas para acá». (Extraído de Goldberg 2003b, traducción mía.)

La negación de la demanda de votos y/o apoyo a cambio de favores y objetos materiales no es una actividad individual llevada a cabo por las Martas que abundan en las oficinas municipales a lo largo y ancho del país. Es parte de lo que Pierre Bourdieu denomina «negación colectiva», una dimensión simbólica que es constitutiva del funcionamiento de la maquinaria peronista. Bourdieu



(1977; 1998) enfatiza la *experiencia* del don como factor crucial en el velo que cubre la verdad de los intercambios. Siguiendo a Bourdieu, quiero argumentar que la forma en que la resolución de problemas es vivida, experimentada, resulta de fundamental importancia a la hora de comprender y explicar su funcionamiento y durabilidad. Si miramos de cerca las maneras en que los patrones y los punteros presentan sus acciones y sus favores, veremos que lo que se pone en juego, en cada favor, en cada bien distribuido, es una denegación de la idea de intercambio. Los punteros peronistas enfatizan «el servicio» que prestan al «pueblo», «el amor» que dicen sentir por «los humildes», «la pasión» que los anima en el «trabajo social», y su «sacrificio» diario. El siguiente testimonio captura esta dimensión casi siempre presente, con variantes personales, en las voces de punteros y patrones peronistas. Susana, una importante puntera en el municipio de Lanús, habla de «sus» comedores infantiles, encapsulando el punto de vista de quienes distribuyen favores y servicios:

Yo tomé la responsabilidad de los comedores con ese amor que se tiene por los chicos ... Yo dirijo los comedores como lo hago en mi propia casa. La calidad de la comida es bárbara porque yo personalmente la pruebo. Este trabajo te afecta la salud ... dos veces al año estoy en el hospital porque me bajan las defensas, por la vocación que uno siente por lo que hace.

Algunas veces, beneficiarios como Estela Cabrera están «resignados y exasperados» frente a la contraprestación implícita en los favores realizados por los patrones. En la mayoría de los casos, sin embargo, los beneficiarios del patronazgo, en especial aquellos con relaciones de larga data con sus benefactores, los ven como «amigos», «vecinos que se preocupan», «buena gente», y piensan y sienten que la resolución partidaria de problemas no es un «derecho» sino un «favor» realizado por gente responsable y «que siempre da una mano». El siguiente testimonio proviene de una entrevista con una habitante de una villa de Buenos Aires que ha estado activa en la Unidad Básica local, «ayudando» a su puntero durante los últimos cuatro años: «Es una persona excelente. Él se ocupa de la gente, es un ser humano excepcional. Sufre mucho porque la gente que lo va a ver siempre se va con alguna solución a sus problemas. Tiene respuestas para todos. A todos les da consejos...».

Las impugnaciones morales (y moralizantes) realizadas por periodistas (algunas veces con las mejores intenciones) y por analistas que se centran en los actores colectivos que se oponen a la maquinaria peronista (como, por ejemplo, el movimiento piquetero) nos harían creer que, dentro del universo social especí-

***La red inscribe  
las relaciones  
de dominación  
en los cuerpos  
y las mentes  
de los beneficiarios-  
seguidores  
bajo la forma  
de disposiciones  
duraderas***

fico de las redes peronistas, la práctica dominante es la orden explícita dada por los punteros a sus clientes cada vez que se entrega un bien o se hace un favor. La política «clientelar», para sus críticos, es básicamente una política de órdenes, amenazas y recursos materiales. Cuanto más tengan los patrones y punteros para repartir, más será el apoyo con el que cuenten, más el poder que acumulen.

El acaparamiento de recursos y la dominación política, sin embargo, no viven una sola vida en la objetividad de la distribución de recursos. Parafraseando a Bourdieu, podríamos decir que la red peronista vive otra vida en las disposiciones que inculca en los agentes. La apariencia de automaticidad que tiene el intercambio de bienes por apoyo no debe ser interpretada en términos mecánicos sino, por el contrario, como resultado de la habituación que genera en los beneficiarios o «clientes». El funcionamiento *diario* de la red de resolución de problemas infunde en quienes reciben los favores y bienes un conjunto de disposiciones (y enfatizo la actividad regular y rutinaria de la red para marcar que esta relación de intercambio trasciende actos singulares de intercambio). Estos esquemas de percepción, evaluación y acción son, a su vez, reconfirmados por las acciones simbólicas que los patrones y punteros realizan, también de manera constante, en sus discursos públicos (acentuando su «amor a los pobres»; su «sacrificada tarea») y en sus formas de dar personalizadas (acentuando las dificultades sorteadas para obtener el beneficio, creando de esta manera la impresión de que si ellos, los benefactores, no estuviesen donde están, no habría bienes y/o servicios para repartir).

La red inscribe las relaciones de dominación en los cuerpos y las mentes de los beneficiarios-seguidores bajo la forma de disposiciones duraderas. Estas disposiciones quedan evidenciadas en las innumerables manifestaciones de respeto («creo que él [el puntero] debería ser reconocido por todo lo que hace por los vecinos»), admiración («la forma en que se ocupa de los vecinos, es un ser humano excepcional»), e incluso amistad («Nosotros nos consideramos su amiga», «Ella está siempre presente cuando algo pasa ...es tan buena», «Está en todos los detalles») que los beneficiarios articulan discursivamente sobre sus benefactores. Sin embargo, con mayor frecuencia, estas disposiciones *se expresan en la práctica* mediante lo que los clientes simplemente *saben* («porque si me consiguió el medicamento, o algo de leche, o un paquete de yerba, yo sé que tengo que ir al acto, para cumplir con él, para mostrarle mi agradecimiento»). Los actos de conocimiento son, nos recuerda este último testimonio, actos de sumisión.

En otras palabras, el patronazgo está indudablemente basado en bienes materiales pero tiene una cardinal dimensión simbólica que la mayoría de los analistas



que recurrentemente profetizan la «crisis del clientelismo» («crisis», debo enfatizar, que ya lleva más de 10 años gestándose, de acuerdo con los periódicos vaticinios) pierden de vista por completo. El orden social de la máquina clientelar tiene efectos duraderos a través de las disposiciones que instila en las creencias de los clientes. La autoridad de patrones y punteros particulares bien puede provenir de los recursos que detentan, pero la autoridad del clientelismo, la autoridad de patrones y punteros como actores generales, proviene de la habituación que el propio funcionamiento de la red genera.

### **Conclusiones**

Durante los años 90, el PJ alteró su organización urbana: de basarse en sindicatos pasó a sustentarse en redes clientelares (Levitsky; Levitsky/Murillo). La generalización de la miseria, el hiperdesempleo y la retirada del Estado (Auyero 2000) incrementaron de manera sustancial la influencia de los mediadores y los jefes políticos que facilitan el acceso a escasos recursos estatales. La política clientelar no es nueva en Argentina, pero su relevancia política, social y cultural ha avanzado desde comienzos de los 90 –coincidentemente con la aplicación radical de reformas neoliberales.

Si observamos de cerca al funcionamiento de la red veremos a vecinos recibiendo bienes, obteniendo acceso a alguno de los varios planes sociales estatales mediante contactos personales, asistiendo a actos, votando en elecciones internas, y trabajando diariamente para el PJ. Distintas formas de interacción social ocurren dentro de este universo social específico. Traslados cotidianos a la Unidad Básica o a la municipalidad local, interminables reuniones con los punteros, encuentros partidarios, constituyen una arena de sociabilidad con sus propias reglas y sus dimensiones dadas-por-descontadas, su propia *doxa*. La etnografía también nos muestra evidencia sobre la negación colectiva de cualquier tipo de *quid pro quo*; una refutación subjetiva, pero no individual, del intercambio objetivo. ¿Con qué fines? Ciertamente es que esta denegación colectiva humaniza y personaliza la asistencia de aquellos que más necesitan (Merton) – una dimensión que no debe ser subestimada en un contexto de indiferencia estatal bastante pertinaz– pero también enmascara un balance desigual de poder dentro de este arreglo jerárquico, presentando públicamente el acaparamiento de recursos como un «servicio al pueblo».

En *Durable Inequality*, Tilly identifica un mecanismo básico generador de desigualdad, el acaparamiento de oportunidades: «Cuando miembros de una red delimitada categorialmente adquieren acceso a un recurso que es valioso, reno-

vable, pasible de ser monopolizado, soporte de las actividades de la red, y acrecentado por el *modus operandi* de la propia red, los miembros de esa red regularmente acaparan acceso a ese recurso, creando creencias y prácticas que sostienen su control» (p. 91).

Seguramente Tilly no tenía en mente el funcionamiento del PJ cuando definió este mecanismo –más que en patrones y mediadores estaba pensando en otras categorías como ser hombre/mujer, blanco/negro, ciudadano/no ciudadano. Sin embargo, uno bien podría preguntarse si la perspectiva tilliana, basada en mecanismos perpetuadores de la desigualdad, no puede sernos de mucha utilidad para examinar la construcción cotidiana de inequidades dentro del universo específico de la política peronista. La atención empírica al secuestro de recursos estatales llevado a cabo por la máquina peronista y a los problemas organizativos que tal apropiación genera, debe ser complementada con un estudio etnográfico del conjunto de «creencias y prácticas» que, ocultando el mecanismo, perpetúan su funcionamiento. Llevar a Tilly y a Bourdieu a la máquina del PJ, esto es, prestar atención simultánea a las estructuras y a las experiencias que sostienen la política peronista de los pobres, debería ayudarnos a entender la creación y el mantenimiento de la desigualdad basada en la afiliación partidaria.

### Referencias

- Auyero, J.: «The Hyper-Shantytown. Ethnographic Portraits of Neo-liberal Violence(s)» en *Ethnography* vol. 1 N° 1, 2000, pp. 93-116.
- Auyero, J.: *Poor People's Politics*, Duke University Press, Durham, 2001.
- Bourdieu, P.: *Outline of the Theory of Practice*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977.
- Bourdieu, P.: *Practical Reason*, Stanford University Press, Stanford, 1998.
- Bourdieu, P.: *Pascalian Meditations*, Stanford University Press, Stanford, 2000.
- Centro de Estudios Legales y Sociales-CELS: «Protestas y represión en diciembre», acceso internet 23 de diciembre de 2003.
- Goldberg, J.: «Campaign Conscripts» en *American Prospect*, abril de 2003a.
- Goldberg, J.: «Client Privilege» en *The American Prospect*, abril de 2003b.
- Hauser, I.: «Los peajes del Plan Jefas», *Página 12 Digital*, acceso 14 de enero de 2004.
- Levitsky, S.: *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.
- Levitsky, S. y V. Murillo: «Building Castles in the Sand? The Politics of Institutional Weakness in Argentina» en S. Levitsky y M.A. Murillo (eds.): *The Politics of Institutional Weakness: Understanding Argentine Democracy in the 1990s*, s/f, manuscrito.
- Merton, R.K.: *Social Theory and Social Structure*, The Free Press, Glencoe, 1949.
- Moreno, S.: «Bonaerenses», *Página 12 Digital*, acceso 11 de enero de 2004.
- Murillo, V. y E. Calvo: «Who Delivers? Partisan Clients in the Argentine Electoral Market» en *American Journal of Political Science*, en prensa.
- Tilly, Ch.: *Durable Inequality*, University of California Press, Berkeley, 1998.
- Torres, P.: *Votos, chapas y fideos*, De la Campana, Buenos Aires, 2002.
- Weber, M.: *Economy and Society*, University of California Press, Berkeley, 1968.